



El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.**

Lección 13

Sentados a la mesa del Señor

La parte del Santo Credo Apostólico que hoy nos corresponde tiene que ver directamente con los que nos decimos ser cristianos y de la relación que debe existir entre nosotros y de nosotros con Dios:

“Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de santa María virgen. Padeció bajo Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al cielo y está a la diestra de Dios Padre; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo. Creo en la santa Iglesia Católica, en la comunión de los santos...”

Esto evoca aquella reunión que el Señor tuvo privadamente con sus discípulos para tomar la Pascua. En esa, su última noche antes de ser entregado y crucificado, Jesucristo, en sustitución de la antigua ceremonia de la Pascua, entregó a sus seguidores los sagrados emblemas de su cuerpo y su sangre. De ello San Pablo escribió:

“Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.” (1 Corintios 11: 23 – 26).

Desde entonces, los cristianos perseguidos doquiera iban y estaban, se reunían para conmemorar la Santa Cena del Señor, tal como él mismo ordenó. Era una práctica de confraternidad espiritual que los paganos no podían entender. Los cristianos fueron acusados de ser antropófagos; no podían comprender cómo los cristianos comieran a su propio Dios. Pero en el pan y el vino había un sagrado símbolo que se escondía detrás de los emblemas materiales.

En el antiguo testamento había dos instituciones de los judíos que mantenían su identidad. La primera era la que daba reconocimiento y entrada al pueblo de Dios, era la circuncisión. Mediante esa sencilla operación quirúrgica realizada a todo varón judío al octavo día de nacido, éste llegaba a ser reconocido hijo de Abraham. La otra era la institución de la Pascua, mediante la cual, todo judío era confirmado, cada año en la nación. La Pascua recordaba la forma milagrosa como fue liberado el pueblo de Israel de la esclavitud egipcia por la poderosa mano de Dios y de su siervo, Moisés.

Al establecerse el Cristianismo, el rito de la circuncisión no es una obligación ni requisito de salvación. Si este rito representaba la entrada al pueblo de Dios, ahora es el bautismo el que establece la identidad del individuo dentro de la iglesia. El apóstol San Pablo dejó claro en sus escritos que no ya no existe importancia ceremonial o religiosa en el rito en cuanto a lo que a salvación se refiere.



El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.**

“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.” (Gálatas 6: 15).

También, el inspirado apóstol de Jesucristo especificó que lo importante es tener una fe que produzca amor. “porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor. (Gálatas 5: 6). Por supuesto, el hacer inoperante ya el rito de la circuncisión, no ha de anular la eficacia de la santa Ley de Dios, pues San Pablo aclara: “la circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios.” (1 Corintios 7: 19).

El bautismo cristiano, como rito al fin, es un símbolo de la muerte de Jesucristo a favor nuestro. Creyendo en Jesús y aceptando su muerte expiatoria, el creyente llega ser parte de su cuerpo, la iglesia. Esto queda claramente establecido en la siguiente declaración, también de San Pablo. “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” (Romanos 6: 3, 4).

La palabra “sepultados” ha sido traducida del griego “bapto” que quiere decir: “sumergir” y se aplicaba a la costumbre de sumergir las telas en las tintas con las cuales se teñían. ¡Qué maravillosa ilustración; al ser bautizados, somos sumergidos para ser “teñidos” con la sangre de Jesucristo! Es evidente, pues, que la verdadera forma bautismal sea la de inmersión o sumersión. Aunque hay muchas pruebas bíblicas e históricas que muestran que los cristianos de los primeros siglos practicaban este tipo de bautismo, la costumbre tradicional hoy es la del bautismo por efusión o por aspersión. Mediante esta forma, el que está siendo bautizado es rociado con agua o se le echa un pequeño chorro de este líquido en su cabeza. Evidentemente, estas formas de bautizo no cumplen el símbolo de la sepultura de Jesús. Es imposible sepultar a un cadáver echando sobre él una palada de tierra. Indudablemente, el verdadero bautismo es el original, el mismo con el que San Juan el Bautista bautizó al Señor Jesucristo; el que usaron sus discípulos, el bautismo de inmersión. Si bien es cierto que el rito de la circuncisión se aplicaba a los varoncitos judíos a los ocho días de nacidos, el bautismo requiere la decisión personal. Quien reciba el bautismo ha de arrepentirse de sus pecados por lo que es evidente que debe tener suficiente edad como para saber lo que es el arrepentimiento.

La otra festividad judía de la que hemos estado tratando es la Pascua. Por su celebración anual cada hijo de la raza israelita confirma su liberación de la esclavitud y su permanencia en el pueblo de Dios. Ahora, después del sacrificio de Cristo, todos aquellos que lo hayamos aceptado por la fe, podemos celebrar la liberación del pecado y nuestra permanencia en su reino de la gracia. San Pablo dio el verdadero significado de la Pascua. “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.” (1 Corintios 5: 7). En la “nueva masa” del evangelio, cada creyente puede celebrar su libertad en Cristo sentándose a la mesa de la comunión donde en la figura del pan y del vino, participa del cuerpo y la sangre de su Señor.

Pero el pan y el vino son solo símbolos y los símbolos no son realidades sino que representan las realidades. Por medio de la doctrina de la transustanciación se ha enseñado que en la Misa, el pan (la Ostia) deja de ser pan en su sustancia para convertirse en carne real de Cristo y el vino también se transustancia en la real sangre del Señor. Si esto realmente fuera así, entonces Jesús, de alguna forma, muere cada día y en cada lugar donde la comunión se celebre.

Si damos honor a los escritos sagrados y dejamos al autor del libro a los Hebreos, en el Nuevo Testamento, aclarar la verdad en cuanto a esto, nos encontraremos con un gran contradicción con la creencia popular enseñada por la doctrina católica. “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.” (Hebreos 9: 24 – 28. El énfasis es nuestro).

Jesús dio su vida en la cruz solamente una vez, y eso es suficiente. El pan y el vino, al ser bendecidos en la mesa de la comunión, representan el cuerpo y la sangre del Redentor pero siguen siendo pan y vino. Son solamente símbolos. Es lógico pensar que cuando el Señor dijo: “tomad, comed, ‘esto’ es mi cuerpo...” quiso decir que representaba su cuerpo debido al uso del artículo demostrativo neutro:



El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.**

“esto”. No dijo “este” es mi cuerpo sino que usó lo neutro como haciendo énfasis en el pan. Es un pan sagrado, pues ha sido bendecido, pero sigue siendo pan.

Ahora bien, de esta forma, tomando estos sagrados símbolos, la iglesia de Jesucristo habría de mantenerse unida a su Señor, y los unos a los otros, a través de los siglos hasta el fin. San Pablo dijo que esa práctica tiene además fines misioneros. “la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.” (1 Corintios 11: 26). Cada vez que los creyentes se reúnan para participar de la comunión, proclaman al mundo que creen que su Salvador, quien murió por ellos en la cruz del Calvario, regresará a este mundo en busca de su iglesia.

Querido lector, si aún no has recibido el verdadero bautismo, el de inmersión, por tu propia voluntad y deseas participar de la verdadera comunión establecida por Jesucristo, te invito a hacerlo. Si lo deseas, podemos ayudarte si te comunicas con nosotros llamando (321-439-1100) o escribiendo a Revelación, P. O. Box 2626, Winter Park, FL 32790. También puedes hacerlo por medio de Revelación@floridaconference.com.

Dios desea que sus santos, como él amorosamente nos llama, tengamos comunión los unos con los otros. De esa forma, podremos tener también comunión con nuestro Creador. “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” (1 Juan 1: 7).

Si este estudio le ha resultado interesante y útil para comprender más esta verdad,
nos gustaría recibir su comentario. Hágalo pulsando aquí. Gracias.